**La Virtud**

**Definición**

La palabra griega «areté» suele traducirse por energía, rectitud, fortaleza, eminencia y, lógicamente, virtud. También se habla de «areté» como la armonía de las potencias del alma, como una «semejanza con Dios», hazaña, superación heroica de la vida. Para los griegos designa al hombre selecto, de calidad, al hombre moral que tiene una conducta caballerosa y una actitud guerrera. Es la hombría, el señorío sobre sí mismo, destreza y fuerza sobresaliente.

**La virtud es una disposición habitual y firme (hábito) a hacer el bien.** CEC 1803

Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino desplegar los propios dones para dar lo mejor de sí misma. La persona virtuosa con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, tiende hacia el bien, lo busca y lo elige a través de acciones concretas. La virtud es una disposición permanente del alma, que señala el esfuerzo del hombre por reunificar sus facultades, heridas por el pecado, y así cooperar con el Plan de Dios en su vida. La virtud puede ser entendida como el silencio (señorío)  interior y activo sobre las facultades.

El modelo del hombre virtuoso es el mismo Señor Jesús. Él es la Excelencia misma, la Virtud. La fe debe mostrar sus frutos en areté, precisamente en la conformación personal con Aquel que es la virtud plena.

**Clasificación**

**1 Humanas, naturales o adquiridas**

Se llaman naturales o humanas porque disponen al hombre a obrar el bien propio de su naturaleza y porque el hombre las alcanza con las solas fuerzas de su naturaleza.  En ese sentido se llaman también virtudes adquiridas. Están depositadas por Dios en la naturaleza a manera de semilla (semina virtutum), y cada individuo las desarrolla con sus actos.

Se pueden dividir en:

* **Intelectuales**: reciben este nombre porque perfeccionan al hombre en cuanto al conocimiento de la verdad, aunque no son propiamente virtudes en el sentido estricto, pues no implican de suyo una opción por el bien y una vida recta. Estas a su vez pueden ser especulativas (entendimiento, ciencia y sabiduría) y prácticas (prudencia y arte).
* **Morales**: se llaman así porque perfeccionan al hombre para obrar rectamente respecto de la elección del bien moral propio de su naturaleza. Lo propio de estas virtudes es que a diferencia de las intelectuales no pueden ser usadas para el mal. Son muy numerosas, pero se dividen en dos grandes grupos: *las cardinales y las derivadas*.

Son las cuatro virtudes llamadas **cardinales**, pues constituyen el quicio o gozne (el eje) alrededor del cual giran y se desarrollan las demás: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.  Santo Tomás destaca estas cuatro virtudes, porque dice que son aquellas que están presentes en todo recto obrar.

Para obrar el bien es necesario tener: primero una prudente discreción de lo que es grato a Dios; una imprescindible rectitud del alma propia de la justicia; vencer con fortaleza las dificultades que se oponen al bien; la templanza que da medida y dominio en el uso de los bienes y las pasiones.

Son verdaderas virtudes, pues son fruto y germen de los actos moralmente buenos, realizados por el esfuerzo humano de obrar el bien. Sin embargo, no son perfectas, ya que solo se convierten en virtudes perfectas, mediante la elevación por la gracia y su unión con la caridad (raíz y madre de todas las virtudes, como participación en el hombre de la fuerza misma del amor divino).

Además de estas cuatro, existen otras virtudes humanas morales llamadas de **derivadas**; como son la generosidad, alegría, humildad, amistad, laboriosidad, paciencia, sencillez, etc.

**2 Sobrenaturales o infusas**

Son los hábitos que Dios gratuitamente da junto con la vida de la gracia y que capacitan al hombre para obrar en orden a su fin sobrenatural: participar de la comunión divina como hijos de Dios. Por ser fruto de la acción del Espíritu Santo son llamadas **infusas**.

* **Virtudes teologales**: Fe, Esperanza y Caridad
* **Virtudes morales Infusas**: Que son las mismas virtudes humanas pero elevadas y perfeccionadas por la gracia.Las virtudes adquiridas condicionan el ejercicio de las infusas, porque la gracia supone la naturaleza. Cuanto mayor sea la prudencia o la fortaleza natural, mejor se vivirá la sobrenatural. Elevadas por la gracia y orientadas al fin sobrenatural del hombre, estas virtudes morales, se convierten en sobrenaturales, es decir en morales infusas.
* **Los dones del Espíritu Santo**: Entendimiento, Ciencia, Temor de Dios, Sabiduría, Fortaleza, Piedad, Consejo.

**Algunas consideraciones sobre la relación entre las Virtudes y la Gracia**

Existe una distinción real entre virtudes naturales y sobrenaturales. Las virtudes naturales se fundan en la naturaleza humana que inclina al hombre a obrar el bien. La naturaleza humana está orientada al bien, aunque esté herida y desordenada por el pecado. Así también, de la gracia fluyen los hábitos o virtudes sobrenaturales, como un modo de obrar conforme a la nueva condición: filiación divina.

Las virtudes pueden ser vistas como el despliegue operativo del ser y de la ley. En ese sentido las virtudes naturales son el despliegue de la naturaleza humana y de la ley natural inscrita en el corazón de cada persona. Las virtudes sobrenaturales son el despliegue del hombre nuevo, en cuanto participe de la vida divina que la gracia santificante instaura en el hombre, y de la ley evangélica que es la plenitud de toda ley.

Sin embargo, la gracia y la naturaleza están entrelazadas en una sola persona, que actúa con una sola energía operativa que la persona posee por naturaleza y por gracia.  En ese sentido, no hay oposición, pues la gracia supone y perfecciona la naturaleza. Hay una misteriosa correspondencia de la acción del Espíritu Santo y la cooperación del ser humano desde su naturaleza situada.

De esta manera, las virtudes humanas -adquiridas mediante la educación y el esfuerzo por perseverar en actos buenos deliberados- son purificadas y elevadas por la gracia divina. Con la ayuda de Dios forjan el carácter y dan soltura en la práctica del bien. El hombre virtuoso es feliz al practicarlas.

Las virtudes solo se adquieren por el **ejercicio de actos concretos** de virtud, sin los cuales no se crece en el amor al bien. No basta el conocimiento del bien, ni la buena intención de poseer la virtud, es preciso aprender a practicar la virtud mediante el ejercicio habitual de los actos correspondientes. En este esfuerzo es fundamental la contemplación de la humanidad de Cristo.

**Las virtudes Teologales y Cardinales**

**Las Virtudes Teologales**

Las cuatro virtudes  cardinales – **prudencia, justicia, fortaleza y templanza**-  pertenecen en principio a la esfera del hombre natural; pero como virtudes cristianas se desarrollan en el campo abonado por la **fe, la esperanza y la caridad**. Fe, esperanza y caridad son la respuesta del hombre a la realidad del Dios Uno y Trino, revelada al cristiano sobrenaturalmente por Jesucristo.

Es más, las tres virtudes teologales, no son sólo la respuesta a esta realidad sino que, al mismo tiempo, constituyen la capacidad y la fuente de energía para esta respuesta y no sólo esto, sino que además, son la forma adecuada de poder dar esta respuesta.

**1 La Fe**

En general la fe se entiende como el asentimiento o aceptación de un testimonio por la autoridad del que lo da. Si el que da ese testimonio es un hombre y lo creemos por la confianza que nos merece en cuanto tal persona, tenemos una **fe humana;**si el que da ese testimonio es Dios y lo creemos por su autoridad divina, que no puede engañarse ni engañarnos, tenemos la **fe divina**.

Al hombre natural no le es posible «creer» en el sentido de virtud teologal de la fe por la simple razón de que la realidad sobrenatural le haya sido asequible por medio de la revelación. No; esta posibilidad de «creer» sólo nace por la comunicación de la gracia santificante. En la fe adquiere conciencia de la realidad del Dios Uno y Trino, y en la medida tal cual sobrepasa a todo convencimiento natural ya que se apoya, con la ayuda interior de la gracia, en la confianza que le tengo a Dios y en lo que Él me comunica.

«La fe es la virtud teologal por la que **creemos en Dios** y en **todo lo que Él nos ha dicho y revelado**, y que la Santa Iglesia nos propone, porque Él es la verdad misma. Por la fe "el hombre se entrega entera y libremente a Dios" (DV 5). Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. "El justo vivirá por la fe" (Rm 1, 17). La fe viva "actúa por la caridad" (Ga 5, 6).

El don de la fe permanece en el que no ha pecado contra ella (cf Cc. Trento: DS 1545). Pero, "la fe sin obras está muerta" (St 2, 26): privada de la esperanza y de la caridad, la fe no une plenamente el fiel a Cristo ni hace de él un miembro vivo de su Cuerpo». Catecismo de la Iglesia Católica 1814-1815.

El discípulo de Jesucristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella, sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla ya que «Todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos» (Mt 10, 32-33).

**2 La Esperanza**

La esperanza cristiana es una **virtud teologal**, infundida por Dios en la voluntad, por la cual confiamos con plena certeza alcanzar la vida eterna y los medios necesarios para llegar a ella apoyados en el auxilio de Dios mismo.  En otras palabras es **la respuesta** a la afirmación del cristiano sugerida por Dios, a la realidad revelada por Cristo de que es el «camino a la vida eterna» en el más real sentido de la palabra.

La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad». Catecismo de la Iglesia Católica 1817-1818.

Como nos ha dicho el Santo Padre San Juan Pablo II: «El hombre no puede vivir sin esperanza; todos los hombres esperan en alguien y en algo». Por desgracia no faltan las abundantes desilusiones ante las falsas esperanzas. Nosotros sí sabemos que Jesucristo venció todos aquellos obstáculos, males y pesares que nos impiden vislumbrar y atisbar el horizonte al que estamos llamados: la vida eterna. Pero esta esperanza exige de nosotros una actitud de confianza y de combate contra todo lo que podría desviar **«nuestra firme mirada en el Señor**».

«La esperanza es "el ancla del alma", segura y firme, "que penetra... a donde entró por nosotros como precursor Jesús" (Hb 6, 19-20). Es también un arma que nos protege en el combate de la salvación: "Revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación " (1 Ts 5, 8). Nos procura el gozo en la prueba misma: "Con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación" (Rm 12, 12). Se expresa y se alimenta en la oración, particularmente en la del *Padre Nuestro*, resumen de todo lo que la esperanza nos hace desear».

Catecismo de la Iglesia Católica, 1820.

**3 La Caridad**

La caridad es una realidad creada, un **hábito sobrenatural** infundido por Dios en la persona y puede definirse como la virtud teologal infundida por Dios en la voluntad, por la que amamos a Dios por sí mismo sobre todas las cosas y a nosotros y al prójimo por Dios. La caridad es la más excelente de todas las virtudes.

No solamente por su propia bondad intrínseca (es la que más nos une a Dios), sino que, como forma extrínseca de todas ellas, dirige y ordena al último fin sobrenatural los actos de todas las demás virtudes infusas, incluso los de la fe y esperanza, que sin la caridad serían muertas e informes, a pesar de conservar su propia forma específica. Lo dice expresamente San Pablo: «Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; pero la más excelente de ellas es la caridad» (1Cor 13,13).

«En esto reconocerán que todos sois mis discípulos: si tenéis caridad unos para con otros» (Jn 13,35). La caridad será la señal por la que reconocerán al cristiano. Nuestro trato con el Señor se manifiesta inmediatamente en el trato con los demás. Por eso la caridad se alimenta principalmente en el trato personal y cotidiano con Jesucristo. Con la parábola del Buen Samaritano (ver Lc 10,30-37) el Señor ha querido enseñarnos que, si es auténtico el amor que tenemos a Dios, también amaremos a los hermanos que encontremos en el camino.

Nos dice el Papa Benedicto XVI: «Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc». Benedicto XVI, Deus caritas est, 31.

**Las virtudes Cardinales**

Profundicemos en las virtudes cardinales para una mejor comprensión de su vivencia en nuestras vidas.

**1 La prudencia**

La primera de las virtudes cardinales es **la prudencia**. Esta virtud es considerada no solamente la primera entre iguales sino que, en general, domina toda virtud moral.

El prudente es aquel que, por una parte, contempla la realidad objetiva de las cosas y, por otra, el «querer» y  el «hacer»; pero, en primer lugar, la realidad y en virtud y a causa de este conocimiento de la realidad determina lo que debe y no debe hacer. De suerte que, toda virtud depende, en realidad, de la prudencia y todo pecado es, en cierta manera, una contradicción con la prudencia.

La prudencia es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo.

El núcleo y la finalidad propia de la doctrina de la prudencia estriban precisamente en demostrar la necesidad de la conexión entre el deber y el ser, pues en el acto de la prudencia, el deber ser viene determinado por el ser. El prudente dice: el bien es aquello que está en conformidad con la realidad.

**2 La justicia**

Prudencia y justicia están más íntimamente ligadas de lo que parece a primera vista. Justicia, decíamos, es la capacidad  de vivir en la verdad «con el prójimo». Sólo el hombre objetivo puede ser justo, y la falta de objetividad, en el lenguaje usual, equivale a casi a una injusticia.

La justicia es la base de la posibilidad real de ser bueno; en esto se apoya la elevada categoría de la prudencia. La justicia se apoya en ser la forma más elevada y propia de esta misma bondad. El hombre bueno es en principio justo.

 De esta forma podemos definirla como : «La virtud moral que consiste en la constante y firme voluntad de **dar a Dios y al prójimo lo que les es debido**. La justicia para con Dios es llamada "la virtud de la religión".

Para con los hombres, la justicia dispone a respetar los derechos de cada uno y a establecer en las relaciones humanas la armonía que promueve la equidad respecto a las personas y al bien común». Catecismo de la Iglesia Católica, 1807.

Los tres elementos estructurales de la justicia son: las relaciones entre los miembros entre sí (justicia conmutativa), la relación del todo a los miembros (justicia distributiva); y  las relaciones de las miembros aislados al todo (justicia legal).

**3  La fortaleza**

«La **fortaleza** es la virtud moral que asegura en las dificultades la **firmeza** y la **constancia** en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones». Catecismo de la Iglesia Católica , 1808.

La fortaleza como virtud sólo existe donde se quiere la justicia. Quien no es justo no puede ser bueno en el verdadero sentido. «La gloria de la fortaleza depende de la justicia», dice Santo Tomás. Es decir, sólo puedo alabar la fortaleza de alguien si al mismo tiempo puedo alabarle por su justicia. La fortaleza  verdadera está, pues, esencialmente ligada al deseo de justicia.

**4 La templanza**

La **templanza** es la virtud moral que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el **dominio** de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad. La persona moderada orienta hacia el bien sus apetitos sensibles, guarda una sana discreción y no se deja arrastrar "para seguir la pasión de su corazón" (Si 5, 2; cf. 37, 27-31)

Vivir bien no es otra cosa que amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el obrar. Quien no obedece más que a Él (lo cual pertenece a la justicia), quien vela para discernir todas las cosas por miedo a dejarse sorprender por la astucia y la mentira (lo cual pertenece a la prudencia), le entrega un amor entero (por la templanza), que ninguna desgracia puede derribar (lo cual pertenece a la fortaleza). Para el hombre herido por el pecado no es fácil guardar el equilibrio moral.

El don de la salvación por Cristo nos otorga la gracia necesaria para perseverar en la búsqueda de las virtudes. Cada cual debe pedir siempre esta gracia de luz y de fortaleza, recurrir a los sacramentos, cooperar con el Espíritu Santo, seguir sus invitaciones a amar el bien y guardarse del mal. Por eso, ni siquiera a nivel humano se puede alcanzar una perfección moral sin la ayuda de la gracia.